

La mujer, la planta baja, la calle y la ciudad

Magda Mària

Anna Puigjaner

Grupo de investigación HABITAR
E.T.S. Arquitectura del Vallès

Introducción

Una parte fundamental de la vida de las ciudades tiene que ver con la relación que establecen las plantas bajas con la vía pública. El mantener la vitalidad de las calles depende, en buena medida, de involucrar a quienes las habitan durante todas las horas del día: a quienes viven, pero también a quienes trabajan en ellas.

Desde hace años se constata una reducción del pequeño comercio fruto de la deslocalización impuesta por los grandes centros comerciales ubicados en la periferia urbana. En el año 2004, en zonas del centro de Madrid, se estimaba que los locales desocupados de manera permanente podían llegar al 60 % del total. En el 2008, en Bilbao, esta cifra ascendía al 33 %. En los últimos años, el número de locales desocupados en los centros de las principales ciudades españolas está sufriendo un crecimiento exponencial. Para comprender este efecto desertizador, bastaría desmontar los locales activos de un centro comercial cualquiera y reubicarlos, por separado, en las plantas bajas de un barrio que haya perdido el comercio o que se haya planificado sin él, como monocultivo residencial. Solo entonces comprobamos la gran extensión de calles afectadas, reducidas a vías para el paso de vehículos con los que llegar al centro comercial.



Asimilación de la superficie y longitud de los centros comerciales del Centro Comercial La Vaguada de Madrid, con las plantas bajas de un barrio. Los locales de las tres plantas de este centro comercial ocupan casi 1,5 km, una longitud equivalente a la de la Gran Vía de Madrid y mayor que el Paseo de Gracia de Barcelona

Fuente: las autoras

Debido a este efecto de desertización, muchos locales permanecen vacíos por la dificultad de encontrar soluciones alternativas y esto revierte directamente en el estado de las vías públicas en las que se encuentran. La desaparición de este tejido comercial en muchas de las calles de nuestras ciudades las convierte en inseguras, insalubres y oscuras y, por tanto, en inhabitables.



Locales comerciales y talleres en desuso en el centro de Madrid

Fuente: las autoras

«Siempre que se produce una separación tajante entre las partes residenciales y las no residenciales de una ciudad, estas últimas se convierten rápidamente en barrios bajos» (Alexander, Ishikawa y Silverstein 1980: 239-241). Con las plantas bajas clausuradas, las relaciones sociales tienden a desaparecer y entonces la calle decae como espacio público de convivencia.

La calle como habitación comunitaria

Procurar que la calle funcione como un espacio social de convivencia es la mejor manera de evitar su deterioro. La consideración de la calle como lugar, no simplemente como vía de tránsito rodado o de paso peatonal, es recogida en el título del libro de Jan Gehl *Life Between Buildings* (1971). También el arquitecto Louis I. Kahn (1971) se refiere a la calle en términos semejantes: «la calle es una estancia por acuerdo mutuo; una estancia comunitaria cuyas paredes pertenecen a los donantes, brindadas a la ciudad para el uso común. Su techo es el cielo». La calle, por tanto, al no ser considerada únicamente como infraestructura, se convierte en la plataforma donde la vida sucede entre los edificios.



El arquitecto Louis I. Kahn explica en este dibujo que la calle no es un área de tránsito, sino un volumen a cielo abierto donde tiene lugar la convivencia

Fuente: Kahn (1971)

Por lo general, en las vías públicas abundan elementos poco domésticos como el asfalto, los coches, las farolas o las señales de tráfico. Es el lenguaje propio de una infraestructura. Este lenguaje, inherente y, por tanto, favorable a los automóviles, ha acabado por imponerse en muchas ciudades, lo que condiciona su espacio público. La calle se ha convertido así en un lugar que es la expresión de una normativa, de una regulación de su uso, de modo que resulta imposible realizar en ella cualquier acción improvisada. Este papel estructural que se le da a la calle arraigó a principios del siglo XX. Movimientos como el Futurismo italiano y su veneración del automóvil y la velocidad, o la estratificación de las calles en los proyectos urbanos de Le Corbusier o Hilberseimer muestran este interés por la especialización y el funcionalismo que ha acabado definiendo las calles de la ciudad contemporánea.

A esta estratificación «deshumanizadora» debemos sumar otro fenómeno. Durante los últimos años, en un afán homogeneizador y eminentemente esteticista, nuestras calles se han limpiado y librado de obstáculos, eliminando todos aquellos elementos «molestos» que el tiempo había ido acumulando, fruto de las necesidades y usos espontáneos, pero civilizados, de la ciudadanía. Muchos ayuntamientos han emprendido campañas para regular el diseño de rótulos, o para eliminar marquesinas y ciertos escaparates, con lo que limitaban cualquier capacidad de intervención de quienes verdaderamente utilizan el espacio público. Ahora, después de varios años de esta práctica, nos preguntamos si no nos estamos equivocando y si la calle no debería recuperar algo de los saludables obstáculos que poseía. Y así, invitar a volver a utilizarla como lugar, asumiendo toda la complejidad que ello supone, sin reducirla a una simple fórmula de peatonalización. En este sentido también se expresa Christopher Alexander:

Las calles deben servir para estar en ellas y no solo para recorrerlas. Durante siglos, la calle ofreció a los habitantes de la ciudad un espacio público utilizable frente a sus casas. Hoy, y mediante muy sutiles procedimientos, la ciudad moderna ha llegado a un punto en que las calles son para «pasar» y no para «quedarse». Desde un punto de vista ambiental, la esencia del problema es que las calles son «centrífugas» y no «cen-

trípetas»: expulsan a las personas en lugar de atraerlas. Para combatir esto es preciso convertir el mundo peatonal exterior en un lugar donde permanecer, y no en un lugar por el que pasar. Hay que convertirlo en una especie de habitación exterior y pública (Alexander, Ishikawa y Silverstein 1980: 525-527).

Una habitación exterior y pública que se debería asemejar más al interior de nuestras casas que a la calle que conocemos hoy en día. Una calle, por así decirlo, «domesticada», que se aleja de su configuración de infraestructura y se acerca, mediante elementos y actividades, a su condición de lugar.

Cuidar la casa, cuidar la calle

El cierre al tráfico de calles y avenidas los sábados y domingos, las fiestas populares o los mercados ambulantes que se instalan y se desmontan a diario en nuestras ciudades son usos que, a nuestro entender, ya nos están acercando a una forma de usar la calle más doméstica y con una mayor intervención por parte de la ciudadanía. Domesticar la calle, entenderla como lugar, es promover que estos y otros usos encuentren el modo de producirse, utilizando para ello los recursos propios del momento presente sobre la ciudad, o recuperando algunos heredados de nuestra tradición que, en la coyuntura actual, pueden resultar plenamente viables.

Realizar en la calle una actividad que normalmente haríamos en casa es una de las formas más simples de domesticación. Tradicionalmente, esta domesticación y cuidado de la extensión pública de las viviendas era realizada por las mujeres. Barrer la calle, regarla, o colocar plantas en las aceras eran y, ocasionalmente, continúan siendo, acciones que suponen un claro ejemplo de esa utilización del espacio público que reivindicamos. Imágenes de mujeres barriendo las calles en poblaciones españolas, de personas del vecindario sentadas en sus sillas en la acera, o de niños y niñas jugando en el centro de la calzada, que en su día atrajeron la mirada de arquitectos que reivindicaban una ciudad más habitable, son cada vez más inusuales (Rudofsky 1982). Sin embargo, extender el cuidado que se tiene en la casa hacia la calle es una forma de apropiación que entiende la calle como lugar.



Mujeres barriendo la calle de una población de Andalucía; niños jugando en la calzada en Locorotondo (Italia); sillas reunidas en el centro de la calle en Martina Franca (Italia)

Fuente: Rudofsky (1982)

Negocio, trabajo y vida privada

En esta apropiación de la calle, las plantas bajas tienen un papel muy relevante, al ser capaces por su situación de extender su contenido hacia la calle y contagiarla en ocasiones del carácter de lo doméstico, con lo que diluyen, en definitiva, los límites con lo público.

De un tiempo a esta parte, en el casco antiguo de Barcelona, en medio de locales cerrados, tiendas de ultramarinos, peluquerías o locutorios, coexisten una serie de establecimientos que llaman la atención por la especial relación que establecen con la calle, por la originalidad de su distribución interior y por la variedad de actividades que en ellos se llevan a cabo. En general son una mezcla de talleres-comercio o de viviendas-taller o de salas de exposición-atelier.

No sin sorpresa descubrimos que la mayoría de las personas que se encuentran detrás de estas operaciones, que abren con usos mixtos la convivencia entre las plantas bajas y la calle, y aportan vida, luz y calidad espacial a un medio ambiente urbano degradado y moribundo son mujeres. Mujeres de todas las edades, con profesiones y procedencias distintas:



Diversos ejemplos de talleres, comercios o viviendas en Barcelona ocupados por mujeres, donde existe una clara voluntad de relación con la calle

Fuentes: las autoras

artesanas, modistas, artistas, ceramistas, joyeras, grabadoras, estampadoras, editoras, galeristas. . . En general, inquietas y con cultura, deciden combinar el espacio donde realizan su labor diaria con el espacio de exposición y, en muchos casos, con la propia vivienda, y reúnen así vida laboral y doméstica.

La combinación de vivienda y comercio en las plantas bajas posibilita el considerar de nuevo las relaciones entre el trabajo y la casa. En la sociedad actual, y todavía más con la multiplicidad de tareas que desempeña la mujer, esta combinación vuelve a cobrar todo su sentido. La mezcla de lugar de trabajo y lugar de residencia permite flexibilizar horarios, ahorrar tiempo y reducir la movilidad derivada. Hoy en día es necesario encontrar un tipo de negocios que puedan admitir estas particulares coyunturas, pero también un tipo de actividades que permitan a la vez «hacer» y «atender», «construir» y «cuidar», «trabajar» y «vivir». Como abogaba Christopher Alexander:

La separación artificial de hogar y trabajo crea una fisura en la vida interior de la gente [. . .]. No se puede resolver el problema de la vivienda en la ciudad independientemente de los del trabajo, educación y comercio. La forma y el uso de las estructuras deben incorporar esta integración de personas y actividades en nuestras ciudades y vecindarios (Alexander, Ishikawa y Silverstein 1980: 71-75).

La casa taller puede ofrecer fórmulas diversas, en función del tipo de trabajo que se desarrolla. Se pueden acondicionar locales en planta baja apro-

vechando las cualidades de un altillo o de la parte posterior del solar, con dominio sobre un patio que reúna las condiciones necesarias de habitabilidad. Se puede pensar también en vincular el local con una vivienda existente en el primer piso, añadiendo una escalera, de modo que todo el conjunto pase a formar parte de una nueva unidad registral que no suponga modificar la densidad permitida y, por tanto, no implique un cambio normativo.

Fachada, aparador, escenario, espectáculo

En todos estos casos aparecidos no solo en Barcelona, sino en otras ciudades europeas, además de ofrecer una actividad concreta en las plantas bajas, la relación que estas establecen con la calle es especialmente valiosa. Los trabajos que se llevan a cabo, tengan o no un beneficio comercial directo, se convierten en un hecho del dominio público. Algunos de estos establecimientos tienen una relación muy abierta con la calle y el paseante puede contemplar o incluso participar de las actividades desde el exterior. Otros utilizan filtros sutiles, como objetos delicadamente expuestos o pequeños aparadores escenográficos que van cambiando con el tiempo a modo de pequeñas escenografías que atraen al paseante.

En todos ellos siempre existe un campo visual más o menos amplio que prolonga la calle hacia el interior, o la casa, el taller o el comercio, hacia el exterior. Esta ampliación perspectiva permite contemplar o, simplemente, adivinar, las sucesivas etapas del espacio vinculadas a las actividades: comercio, taller, altillo, vivienda y, al final, luz desde el patio interior. A nivel social, estas interrelaciones potencian la identidad del vecindario y favorecen la tan ansiada integración actividad-transeúnte:

La contemplación de la acción es un incentivo para la acción. Cuando es posible ver el interior de los espacios desde la calle, el mundo de las personas se amplía y enriquece y hay más entendimiento. Nace la posibilidad de la comunicación, del aprendizaje (Alexander, Ishikawa y Silverstein 1980: 71-75).



Diversos ejemplos de talleres y comercios en Barcelona ocupados por mujeres, donde existe una clara voluntad de relación con la calle

Fuente: las autoras

Espacios pequeños, control personalizado

Esta ocupación del espacio público se acentúa cuando el comercio o taller es de dimensiones reducidas. Este es el caso, por ejemplo, de las tiendas en Marruecos, India o Perú, y de algunos comercios en las partes más antiguas de las viejas ciudades, donde las superficies no suelen tener más de 5 m². Justo el espacio para una persona y algunas mercancías, pero un espacio lleno de plenitud. La falta de superficie hace que estos establecimientos dependan de la calle para poder desarrollar su actividad, la ocupa y se apropia en parte de ella. Ante esta estrechez de espacio, la calle se convierte en el escaparate de sus productos, como sucede en el cuadro de Mariano Fortuny *El vendedor de tapices* (1870). Como sucedía y continúa sucediendo en nuestras calles, donde mujeres y hombres exponen y, a la vez, trabajan artesanalmente sus productos a pie de calle. El nivel de apropiación de la calle y, por tanto, su definición como lugar, depende también de la dimensión de los comercios.

Cuando las tiendas son demasiado grandes o están controladas por empresarios ausentes, se hacen plásticas, blandas y abstractas. [...] Las comunidades solo podrán recuperar el carácter personal si prohíben cualquier forma de cooperativa

o de grandes cadenas comerciales, fijan estrechos límites al tamaño de las tiendas de la comunidad y prohíben la posesión de las mismas por propietarios absentistas. [...] Esto no será posible a menos que el tamaño de los espacios comerciales de alquiler sea pequeño (Alexander, Ishikawa y Silverstein 1980: 390-392).

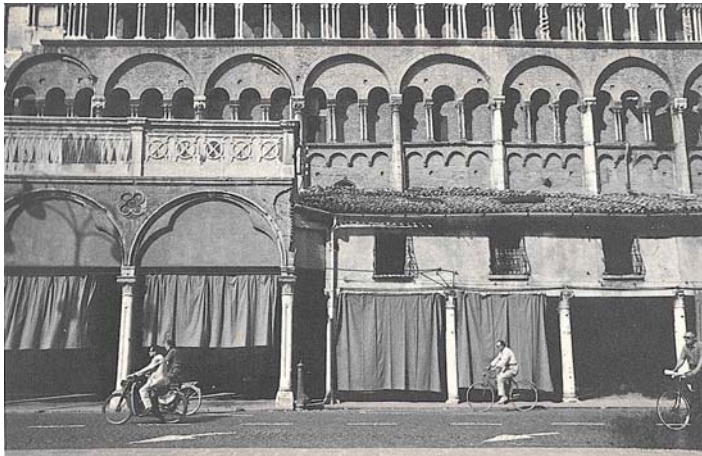


El vendedor de tapices, de Mariano Fortuny (1870); fotografía de W. Weber de dos artesanas trabajando frente a su vivienda en una calle de Barcelona (1928); fotografía de una floristería instalada en una portería en una calle comercial de Barcelona (2010)

Fuentes: Museo del Monasterio de Montserrat; Weber (1993); las autoras

En estos casos resulta muy operativo establecer unos espacios de transición entre la parte más «privada» o «interior» del negocio o la vivienda, y la vía pública. Ámbitos fijos, pero con usos cambiantes, como porches, porterías o atrios, o mecanismos móviles como toldos, sombrillas o galerías desmontables, permiten utilizar de manera flexible unas superficies que pueden ser ocupadas temporalmente, sin molestar el habitual tránsito urbano.

Walter Benjamin denominó «porosidad» a esta cualidad ambigua de los límites entre el dominio público y el ámbito privado, donde «la construcción y la acción se interpenetran en los patios, soportales y escaleras» (Benjamin 1986). Esta «porosidad» permite desarrollar actividades laborales o comerciales y, al mismo tiempo, preservar la intimidad de otras actividades paralelas.



Calle de Ferrara (Italia) con soportales y toldos; pequeño comercio en una ciudad española con extensión de toldos a la calle
Fuentes: Rudofsky (1982); las autoras

Hay que controlar el tamaño del comercio, pero también hay que tener una normativa que facilite este tipo de actividad y ocupación urbana. Actualmente las ordenanzas fijan unas condiciones mínimas de superficie que no permiten recurrir a soluciones como estas. En algunas de nuestras ciudades, las ordenanzas tienden a establecer una frontera clara entre el espacio público y el privado de la actividad, de modo que este sea auto-suficiente. Se admiten usos en la calle, pero estos deben estar regulados. Se admiten escaparates y rótulos pero circunscritos al ámbito estricto de las aberturas de fachadas.

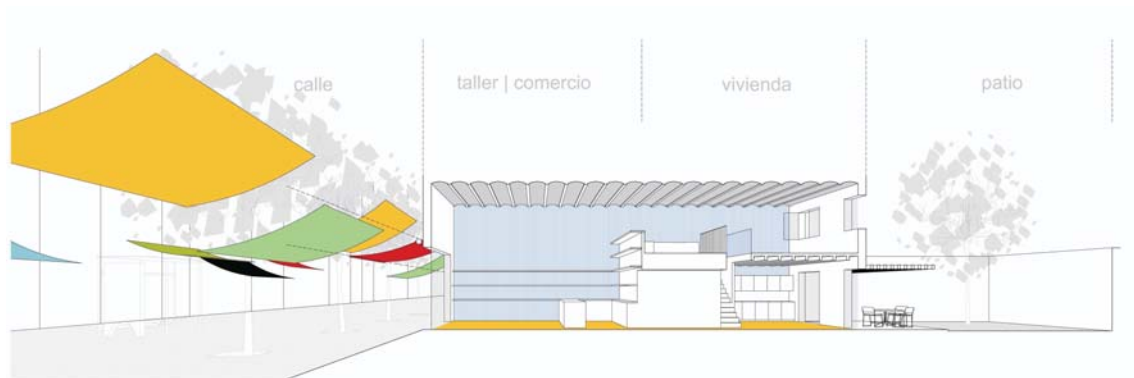
Se pretende con ello regular la actividad en el espacio público para evitar excesos, pero la aséptica imagen urbana que se logra tiende a despojar las calles de muchas de las muestras visibles de dicha actividad. A la vista de los resultados, nos preguntamos si la eliminación sistemática de veladores, vitrinas sobre las fachadas o mesas para exponer productos —practicada por algunos Ayuntamientos— no tendrá efectos negativos sobre la energía que las plantas bajas pueden prestar a la calle y, en consecuencia, sobre el carácter plural de la propia calle.

Necesidad de un cambio de normativa

La revisión de las ordenanzas también debería realizarse en el caso de aquellas que atañen a las viviendas en planta baja y, específicamente, aquellas que afectan a los establecimientos que comparten el espacio doméstico con el laboral. Desde 2004 existen algunas iniciativas municipales destinadas a impulsar la construcción de viviendas en plantas bajas: Coslada en 2004, Madrid en 2005, Fuenlabrada y Getxo en 2006, Bilbao en 2008, San Sebastián en 2009, etc. El objetivo es reformar el gran número de locales desaprovechados o abandonados, salvando las limitaciones normativas impuestas en otros municipios. En algunos casos se trata de crear viviendas protegidas, como en el País Vasco; en otros se fomentan las actuaciones destinadas a jóvenes, personas mayores o discapacitadas, como en Madrid. También existen acciones pensadas para ofrecer a artistas y creadores espacios para vivir y trabajar en régimen de alquiler.

Si a estas iniciativas se sumaran fórmulas distintas que permitieran compaginar domicilio, trabajo y actividad comercial, acondicionando las plantas bajas de manera que los locales pudieran acoger esta simultaneidad de usos, ofreceríamos a los colectivos y, principalmente a las mujeres, un amplio abanico que facilitaría la compaginación de su trabajo con su actividad privada. Los cada vez más numerosos locales abandonados podrían tener así una salida operativa y eficiente. Con ello contribuiríamos a establecer unos vínculos mucho más estrechos con el entorno inmediato, al extender la domesticidad hacia el espacio público y recuperar así su actividad social.

A finales del siglo XIX y principios del XX, algunos arquitectos y diseñadores entendieron que las viviendas debían adaptarse a las necesidades de las personas que más tiempo habitaban en sus espacios y que más cuidado tenían de ellos: las mujeres. Precisamente fue el nuevo papel de la mujer en la casa y en la sociedad uno de los detonantes que desencadenó importantes cambios que revolucionaron el espacio doméstico. Le Corbusier tuvo en cuenta «las piernas del ama de casa» a la hora de proyectar sus viviendas. A mediados del XIX, una mujer, Katherine Beecher diseñó un prototipo de casa con todos los servicios centralizados —calefacción, ventilación, fontanería, luz, cocina de gas—, para así ahorrar incontables



Perspectiva de una propuesta de organización interior de vivienda-taller en planta baja, abierta a la calle y con patio posterior

Fuente: las autoras

desplazamientos a las madres de familia¹. Otra mujer, Margarete Schütte-Lihotzky, diseñó en 1927 un doble mueble compacto e higiénico, la «cocina de Frankfurt», que permitía a la mujer tener a su alcance todo lo necesario, así como ejecutar sus tareas con más rapidez y eficacia. Este modelo revolucionó la manera de concebir y diseñar la casa para hacerla tal como la entendemos hoy en día.

Actualmente, a inicios del siglo XXI, la acción pionera de algunas mujeres que recuperan locales en planta baja en los centros de las ciudades, puede constituir un claro precedente para una manera alternativa de diseñar el espacio doméstico en relación con el trabajo, la calle y la ciudad, y dar así respuesta a las actuales necesidades de la sociedad. A la vez, puede constituir una oportunidad para cambiar la manera de habitar las casas y, por extensión, las calles y las ciudades, y convertirlas en más humanas y asequibles. Porque si la calle funciona, la ciudad funciona, y si la ciudad funciona, la sociedad también.

¹Katherine Beecher, en sus dos obras, *A Treatise on Domestic Economy, for the Use of Young Ladies at Home, and at School* (1843) y, sobre todo, *The American Woman's Home* (1869), plantea la profesionalización del trabajo doméstico.

Referencias bibliográficas

- ALEXANDER, Ch., ISHIKAWA, S. y SILVERSTEIN, M. (1980): *Un lenguaje de patrones*. Barcelona: Gustavo Gili.
- BEECHER, C. E. (1843): *A Treatise on Domestic Economy, for Use of Young Ladies at Home, and at School*. Boston: Thomas H. Webb, and Co.
- BEECHER, C. E. y BEECHER STOWE, H. (1843): *The American Woman's Home: or, Principles of Domestic Science*. Nueva York: J. B. Ford, and Co.
- BENJAMIN, W. (1986): «Naples». En *Reflections: Essays, Aphorisms, Autobiographical Writings*. Nueva York: Schocken Books.
- KAHN, L. I. (1971): *Texto del dibujo para la exposición «City/2»*. Nueva York: The Museum of Modern Art.
- RUDOLFSKY, B. (1982): *Streets for People, a primer for Americans*. Nueva York: Van Nostrand Reinhold Co.
- WEBER, W. (1983): *Barcelona (1923-28)*. Granada: EDILUX.